

MERCEDES DEAMBROSIS

*La extraña aparición de Tecla Osorio*



UN THRILLER PSICOLÓGICO  
A LO DAVID LYNCH



La extraña aparición de Tecla Osorio

Mercedes Deambrosis

La extraña aparición  
de Tecla Osorio

Traducción y postfacio de Eduardo Gallarza

COLECCIÓN  
LITERADURA



Primera edición: enero de 2025

© Éditions Gallimard, 2025

Primera publicación en 2014 en Editions des Busclats

© Mercedes Deambrosis, 2014, 2025

© de la traducción y del postfacio: Eduardo Gallarza, 2025

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2025

c/ Flamenco, 26 - 28231- Las Rozas (Madrid)

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FA

ISBN: 978-84-129382-3-4

Dep. Legal: M-28274-2024

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Marquesina metafísica*

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

## La extraña aparición de Tecla Osorio

*A Lourdes Ventura  
Eduardo y Tatiana Gallarza  
Y Esteban, siempre*

«En cuanto se posee la verdad,  
el resto es apenas locura, aberración, perversión intrínseca».  
MICHEL DEL CASTILLO, *Le sortilège espagnol*

TECLA OSORIO APARECIÓ el 14 de abril de 2009, hacia las cinco y media de la tarde, en la parada del coche de línea número 314, que va de Medina del Campo a Buitrago.

No vivía en Medina del Campo ni en Buitrago, lugar este al que tenía intención de ir once años antes, el día de su desaparición.

Nadie había podido asegurar que se hubiera subido a ese coche de línea. Todos los testimonios, en aquel entonces, habían sido contradictorios. Sí, se subió en Medina del Campo, en la parada que hay a la salida del pueblo. No, fue más bien en la de Medinaceli. Llevaba un capazo de paja naranja, con un letrero; no, un anuncio de bebida, de Kas o de Fanta. No, no era de paja, sino de tela, de tela gruesa como un bolso de playa, de esos para llevar las toallas y los bártulos de los críos.

Llovía a cántaros, y alguien se había parado a pensar que la joven no estaba vestida adecuadamente para el tiempo que hace en abril. Ya se sabe: en abril, aguas mil. Pero otros aseguraron que hacía un tiempo espléndido, demasiado calor para esa época del año, y esto era un mal presagio para el verano. Ese tiempo tan cambiante nunca es bueno. Tecla Osorio, once años antes, podía considerarse una mujer joven.

Pero este 14 de abril, pasadas las cinco de la tarde, Tecla Osorio ya no es una mujer joven; ha cambiado, pero no lo bastante para que Aparicio Ramírez, que la conoció de niña, no crea reconocerla, mientras conduce su coche, después de todos esos años. «Pues sí que se parece a Tecla Osorio».

La mujer lo ha mirado y ha vuelto la cabeza. Aunque el coche de línea sigue haciendo el recorrido entre Medina del Campo y Buitrago, pocos son los que lo cogen hoy en día, y la presencia de la mujer deja perplejo a Aparicio Ramírez. Se ha debido de equivocar. Tan solo cuando llega a su casa, después de quitarse el abrigo y los zapatos, vuelve a pensar en ella. Últimamente le duelen los pies, los típicos juanetes cuando empiezas a hacerte viejo, como solía decir su madre —que en gloria esté— riendo. Y esa risa quizá disipa su angustia por la enfermedad, por el transcurrir del tiempo, que pasa imperceptiblemente tras las agujas del viejo reloj de pared del comedor, agazapado detrás de las puertas que ya no se abren, o solo muy de cuando en cuando, porque sus habitantes han

ido desapareciendo uno tras otro, desperdigados, a saber, por la vida o por la muerte.

Ahora, cada vez que vuelve a casa, Aparicio se cambia de zapatos para aliviar sus pies doloridos. Ha sido al agacharse para desatar los cordones cuando se acuerda. «Vaya, se parecía a Tecla. Tecla Osorio».

Mueve la cabeza. Va a la cocina, abre el grifo, coge la taza de Arcopal a rayas, con las flores ya borradas. Como cada día, le dan ganas de tirarla. Tiene otras nuevecitas. Cuando murió su madre, encontró en un armario la vajilla completa. Sus hermanas, él mismo se habían preguntado a menudo: ¿por qué mamá no usaba su vajilla nueva? «Es que es para vosotros, más adelante os vendrá bien tenerla».

Y se fue, se murió mientras dormía, como una bendita, y parecía tan contenta, tan en paz que las lágrimas de sus hijas les parecieron casi fuera de lugar a los que estaban presentes. Las hermanas no habían querido quedarse con esa vajilla de Arcopal color salmón. Podían apañárselas, estaban casadas, tenían sus muebles y sus enseres desde hacía años. Tampoco se habían quedado con la ropa pasada de moda —se la habían dado a las monjas—, ni con los muebles usados. Ni siquiera con la casa. Se repartieron el dinero de la venta de las tierras y le dejaron a Aparicio todo lo demás: la casa, los muebles y la vajilla de Arcopal color salmón. Aparicio nunca llegó a casarse, y ellas ni siquiera sabían si había salido con alguien. Así que

siguió comiendo y bebiendo en los platos y en las tazas viejas de su madre, y todos los días se decía: «Mañana lo tiro todo». Una idea persistente, como la que no deja de asaltarle desde que se ha preparado su Nescafé.

Habría jurado que era Tecla Osorio.

Le embarga la emoción. No necesita cerrar los ojos para volver a ver la imagen de la mujer, para ponerle nombre. Se muere de ganas por contárselo a alguien, pero no sabe a quién, así que se queda ahí, bebiéndose su Nescafé a sorbitos, de pie en la cocina, mientras el día va apagándose, volviéndose negro tras el visillo de nylon, dejando que en su mente se disputen la certidumbre y la duda.

Aparicio se acuesta temprano, le gusta ir cambiando de cadena hasta coger el sueño; tarda en dormirse, pero le resulta gratificante, como si esa combinación de imágenes le permitiera capitalizar el vasto mundo en su universo personal. Apaga la lámpara de la mesilla de noche, aunque la claridad del alumbrado público en la carretera, los coches que pasan no lo dejan dormir. No para de dar vueltas hasta encontrar una justificación para esa inquietud creciente. Si de verdad era Tecla Osorio la mujer que ha visto, entonces habría que...

No encuentra las palabras, pero le puede la resolución que ha tomado; se levanta, coge el teléfono y, con el corazón en vilo, marca el número de la comisaría. Oye una grabación, empieza a sudar, ¡menuda idea llamar a la Guardia Ci-

vil! No es que tenga nada que reprocharse, pero con esa gente nunca se sabe.

No se atreve a colgar. Vale, son tonterías, pero las tonterías siempre salen de algún lado. Y Aparicio Ramírez se maldice por estar llamando a la comisaría pasadas las nueve de la noche para contar que ha creído reconocer a Tecla Osorio bajo la marquesina abandonada de un autobús, a la salida del pueblo, la misma vieja marquesina donde dicen que la vieron por última vez, el día en que desapareció, once años antes.

Isidoro Robles parecía más mayor, de lo serio que era. A los veintiocho años, la mayoría de sus compañeros, de haberlos tenido, habrían preferido tomarse unas birras, echar unas partidas de póquer o salir con alguna chica guapa en vez de ir subiéndose escalafones en la Guardia Civil hasta obtener un puesto de responsabilidad en la comisaría de un pueblo del que cualquiera, normalmente constituido y que tenga más de catorce años, solo quiere marcharse.

Al poco de llegar, durante el otoño, comprendió que no podía, so pena de ser la mofa de sus hombres, quedarse día sí y día también hasta muy tarde en la oficina.

Esos turnos, que los guardias aceptan a regañadientes porque necesitan el dinero, prefieren hacerlos solos, sin la presencia del jefe.



Robles mira por la ventana; cae la noche y piensa que todavía falta para que empiece el buen tiempo, aunque ya está cerca la primavera.

Se levanta y abre la puerta con la firme intención de sacar un último café de la máquina y marcharse. La sala está vacía. Ve dos siluetas fuera, en el portal. Desde que está prohibido fumar en los lugares públicos, salir a echar un pitillo se está convirtiendo, más que el bocadillo o las horas sindicales, en el subterfugio preferido de los funcionarios para no dar palo al agua.

Si fuera sincero, no se quejaría de esa prohibición, porque tiene asma. Pero Robles es un católico ferviente y, confiando en que se le perdonen todas sus faltas, en estos tiempos de derrumbe de la religión porfía en hipocresía, embustes y mala fe.

«Se van a enterar... ¡Tejero! ¡Vázquez!». Calcula el alcance de su voz, la severidad del tono, el impacto de sus palabras; ya avanza, cuando una luz se enciende en un teléfono.

Descuelga, furioso: han silenciado el timbre para que no les moleste; así que, antes de atender la llamada, lo enciende y lo oye zumbar en la sala y en el portal donde Tejero y Vázquez se miran; los dos tiran sus colillas y vuelven despavoridos. ¡Joder!

Tejero y Vázquez siempre han trabajado juntos. Al acabar la mili pasaron a la Guardia Civil sin tener vocación, aunque ahora, con tanta crisis, no es como para arrepentirse, más bien acerta-

ron. Un sueldo a fin de mes, el uniforme, toda clase de ventajas, unas legales y otras bajo mano, que no son moco de pavo, eso por no hablar de la tranquilidad de estar del lado bueno de la ley.

Hacia apenas unos meses, antes de que el capitán muriera en un estúpido accidente de esquí —se le cascó el cuello como una cáscara de nuez—, pensaban que los años que aún les quedaban hasta la jubilación serían tranquilos, ahora que todas las rencillas de la guerra habían quedado atrás, pues, aunque nadie realmente había perdonado lo que su vecino llegó a hacer por celos, venganza u odio, había llovido mucho desde entonces. Y en estas, había llegado Isidoro Robles, un mocoso con más ínfulas que un bravucón.

—Dice usted que Tecla O... ¿O de Óscar? Ah, Osorio, sin hache, vale... ¿Y ha desaparecido?

Tejero y Vázquez intercambiaron una mirada.

—Ah, que ha reaparecido... Pero ¿qué es eso de «reaparecido»?

Robles levantó los ojos. Sus hombres parecían muy interesados, así que les dedicó un guiño socarrón.

—Mire, la Guardia Civil no se encarga de las apariciones. Para esas cuestiones, diríjase usted al cura.

Soltó una carcajada y colgó con un gesto elocuente:

—¡Menudo chiflado!

Siguió riendo, pero se sorprendió de que los otros no le vieran la gracia, y se levantó, muy colorado.

Los oía cuchichear a sus espaldas:

—Jefe...

Se volvió, bramando:

—¿Qué?!

Sorprendidos, los otros dieron un paso atrás.

—La mujer...

—¿Qué pasa con la mujer?

—La Tecla, Tecla Osorio...

—Pero, bueno, ¿también me vais a dar la vara vosotros?

¿Qué pasa hoy, que hay luna llena y andan los zumbados sueltos?

Se había pasado un poco al decir eso, pero estaba nervioso. Desde que había llegado, seis meses antes, todo había conservado esa inmovilidad mineral que se había jurado cambiar.

Los otros se encogieron de hombros. Él era el jefe, le darían la información, y que se las apañara.

—Tecla Osorio... Resulta que hace once años hubo una Tecla Osorio que desapareció.

—Cómo que «una» Tecla Osorio —empezó a sudar—, ¿es que ha habido varias?

—No, no, solo una.

—Entonces, ¿por qué dices «una Tecla Osorio» y no Tecla Osorio a secas?

—Por si acaso no se tratara de ella.

2

DE MODO QUE SALE, en medio de la noche, aturdido por el ruido machacón de los coches; rodea la casa, un guijarro punzante se le mete dentro del calzado, no puede evitar proferir un grito, no se ha vuelto a poner los zapatos y va en alpargatas, así que va renqueando hasta su coche, aparcado al fondo del patio.

Aparicio se acuerda perfectamente de la desaparición de Tecla Osorio, aunque no de la fecha; de esta se enteró después, al leer los periódicos, que guardó aunque su madre le dijo: «Aparicio, hijo mío, tira esa basura, si no cuentan más que desgracias, y tanta tinta para eso...».

Había dicho que sí, había fingido hacerle caso, pero se acordaba de la fecha, el 14 de abril, y en su cuarto conservó algunos ejemplares, los que habían recogido sus exactas declaraciones.